

## EL QUE BUSCA LO MEJOR, PUEDE HALLAR LO PEOR

Como de costumbre, la Thénardier habia dejado obrar á su marido. Ella esperaba grandes acontecimientos. Cuando hubieron marchado el hombre y Coseta, Thénardier dejó pasar un cuarto de hora largo, y despues la llamó aparte, y la enseñó los mil quinientos francos.

— ¡ Y qué es eso ! dijo ella.

Era esta la primera vez, desde el principio de su matrimonio, que se atrevía á criticar un acto del marido.

El golpe fué certero.

— En verdad, tienes razon, dijo él, soy un tonto. Dame el sombrero.

Dobló los tres billetes de banco, se los metió en el bolsillo y salió á toda prisa, pero se equivocó, dirigiéndose primero por la derecha. Algunos vecinos de quienes se informó le restituyeron en su camino ; la Calandria y el hom-

bre habian sido vistos yendo en la direccion de Livry. Siguió esta indicacion, andando muy de prisa y hablando solo.

— Ese hombre, decia Thénardier en su monólogo, es sin duda alguna un millonario vestido de amarillo, y yo soy un grande animal. Él dió primero veinte sueldos, despues cinco francos, despues cincuenta francos, despues mil quinientos francos, siempre con la mayor facilidad. Por consiguiente, del mismo modo habria dado quince mil francos. Pero á bien que yo le alcanzaré.

Y ademas, aquel paquete de ropas preparadas con anticipacion para la chica, todo esto era singular ; muchos misterios deben ocultarse debajo de tantas andróminas. No se deben soltar nunca los misterios cuando se los tiene cogidos y como en prensa. Los secretos de los ricos son esponjas llenas de oro, y es menester saber exprimir estas esponjas. Todos estos pensamientos le hacian un torbellino en el cerebro. — Soy un bestia, decia.

Cuando se ha salido de Montfermeil y se ha llegado al recodo que forma el camino que va á Livry, vésele extenderse delante de uno muy léjos sobre la meseta. Aj llegar allí, calculó él que debia divisar ya al hombre y á la chica. Miró tan léjos como pudo extender su vista, mas no vió nada. Se informó de nuevo ; pero entre tanto perdía tiempo. Unos pasajeros le dijeron que el hombre y la niña á quienes él buscaba se habian dirigido hácia los bosques por el lado de Gagoy ; y él se apresuró á marchar en aquella direccion.

Adelantábanse ellos en gran trecho ; pero una niña anda despacio, y él caminaba muy de prisa. Ademas, el país le era bien conocido.

De repente se detuvo y se dió con la mano en la frente como un hombre que ha olvidado lo esencial, y que está á punto de volverse sobre sus pasos.

— ¡ He debido tomar mi escopeta ! dijo para sí.

Era Thénardier una de esas naturalezas dobles que pasan á veces por en medio de nosotros desapercibidas, y que desaparecen sin que se las haya conocido, porque el destino sólo las muestra por un lado. Tal es la suerte de muchos hombres: viven así medio sumergidos. En una situación tranquila y vulgar, Thénardier poseía todos los dotes necesarios para hacer de él, — no decimos para ser, — lo que se ha dado en llamar un honrado comerciante, un buen amo de casa y hacienda. Al mismo tiempo, dadas ciertas circunstancias, viniendo cierto impulso, ciertos sacudimientos á poner al descubierto su naturaleza inferior, tenía él todo lo necesario para ser un malvado. Era un mercachifle con ribetes de bribon, un tabernero bellaco, en el cual se anidaba algo del monstruo. En ciertos momentos debía Satanás esconderse en algun rincón del tabuco en que habitaba Thénardier, y extasiarse allí ante aquella horrenda obra maestra de su propio arte.

Después de un instante de hesitación:

— ¡ No! dijo para sí, ¡ tendrían tiempo de escapar!

Y prosiguió su camino, marchando á todo correr y casi con el aplomo que da la seguridad de lograr su objeto, con la sagacidad del zorro que huele una bandada de perdices.

Con efecto, cuando hubo pasado más allá de los estanques y atravesado oblicuamente el gran claro que se halla á la derecha de la avenida de Bellevue, al llegar á aquella pradera de césped que casi da vuelta á la colina y que recubre la bóveda del antiguo canal de las aguas de la abadía de Chelles, divisó por encima de una mata un sombrero sobre el cual había él ya construido y levantado muchas conjeturas. Era el sombrero del hombre. La mata era baja; y Thénardier reconoció que el hombre y Coseta estaban allí sentados. No se veía á la niña, á causa de su poca estatura, pero distinguíase la cabeza de la muñeca.

Thénardier no se engañaba. El hombre se había sentado allí para dejar que descansase Coseta un poco. El posadero dió vuelta por detras de la mata, y apareció brusca-mente en presencia de aquellos á quienes él buscaba.

— Perdone usted, caballero, dijo sin poder apenas respirar, dispense usted, pero hé aquí sus mil quinientos francos.

Y diciendo y haciendo, ofrecía en su mano al forastero los tres billetes de banco.

El hombre levantó los ojos y dijo:

— ¿ Qué significa eso?

Thénardier contestó respetuosamente:

— Caballero, esto significa que vuelvo á llevarme á Coseta.

La niña se estremeció y se estrechó contra el buen hombre.

Por lo que hace á este, respondió tranquilamente, mirando al Thénardier en el fondo de sus propios ojos y espaciando bien todas sus sílabas:

— ¿ Lle-var-se-us-ted-á-Co-se-ta?

— Sí, señor, me la llevo. Le diré á usted, lo he reflexionado. La verdad es que yo no tengo derecho para cedérsela á usted. Ya usted ve, yo soy un hombre de bien. Esta chica no me pertenece, es de su madre. Su propia madre fué quien me la confió, y sólo á ella puedo entregársela. Usted me dirá: Pero si su madre ha muerto! Bueno. En este caso, yo no puedo entregar la niña sino á una persona que me diera un escrito firmado por la madre, expresando su voluntad de que yo entregue la niña á esa persona. Esto es claro.

Sin responder palabra, el hombre se llevó la mano al bolsillo y Thénardier vió reaparecer la cartera de los billetes de banco.

El tabernero experimentó un estremecimiento de alegría.

— ¡ Bien ! dijo para su colete, mantengámonos firmes. ¡ Ahora va á corromperme !

Antes de abrir la cartera, el viajero dirigió una mirada en derredor. Aquel sitio estaba absolutamente desierto. No había un alma en el bosque ni en el valle. El hombre abrió la cartera, y sacó de ella, no el puñado de billetes de banco que esperaba Thénardier, sino un simple papel que desdobló y presentó abierto al posadero, diciéndole :

— Tiene usted razon. Lea eso.

Cogió Thénardier el papel, y leyó :

« M<sup>ta</sup>, 25 de Marzo de 1823.

» Señor Thénardier,

- » Entregará usted Coseta á la persona. — Se le pagarán á usted todas las cositas que se deben.
- » Tengo el honor de saludarle con consideracion.

» FANTINA. »

— ¿ Sin duda conoce usted esa firma ? repuso el hombre. Era realmente la firma de Fantina; y el Thénardier no pudo ménos de reconocerla.

Nada, pues, tenía que replicar. Sintióse abrumado por dos violentos despechos, el despecho de renunciar á la corrupcion que él esperaba, y el despecho de verse batido y derrotado. El hombre añadió :

— Puede usted conservar ese papel para su resguardo.

Thénardier se replegó en buen orden de batalla :

— Esta firma, dijo entre dientes, está bastante bien imitada. ¡ En fin, sea !

En seguida probó á hacer un esfuerzo desesperado.

— Caballero, dijo, está bien, puesto que usted es la persona; pero es preciso pagarme « todas las cositas que se deben. » ¡ Se me debe mucho !

El hombre se puso de pié sacudiéndose con las manos su manga raída que se había llenado de tierra :

— Señor Thénardier, en el mes de Enero, la madre contaba deber á usted ciento veinte francos; en Febrero, la envió usted una cuenta que ascendía á quinientos francos; usted recibió trescientos francos en Febrero y otros trescientos á principios de Marzo: desde entónces han transcurrido nueve meses, á quince francos, que es el precio convenido, importan ciento treinta y cinco francos. Había usted recibido cien francos de más. Por consiguiente, se le debían á usted treinta y cinco francos. Yo acabo de entregar á usted mil quinientos.

Thénardier experimentó en este instante lo que experimenta el lobo cuando se siente mordido y apresado en la trampa por la mandíbula de acero.

— ¿ Qué diablos de hombre es éste ? dijo entre sí.

É hizo lo que hace el lobo, dió una fuerte sacudida. La audacia le había ya salido bien dos veces.

— Caballero, cuyo nombre ig-no-ro, dijo resueltamente y prescindiendo ya esta vez de respetuosos miramientos, me volveré á llevar á Coseta, ó me entregará usted tres mil francos.

El forastero dijo tranquilamente :

— Ven, Coseta.

Y tomando á la niña por la mano con su izquierda, cogió con la derecha su baston, que yacia en el suelo.

Thénardier observó la enormidad de aquel nudoso garrote y la soledad de aquel sitio.

El hombre penetró en el bosque con la niña, dejando al posadero inmóvil y sobrecogido.

Miéntas que así se alejaban, el Thénardier contem-

plaba sus anchas espaldas, un tanto combadas, y sus puños robustos.

En seguida, considerándose á sí mismo, miraba sus brazos flacuchos y sus manos ruines. — ¡Preciso es que yo sea realmente un majadero, dijo para sí, por no haber traído mi escopeta, como que venía á cazar!

Sin embargo, el tabernero no quería soltar la presa — Quiero saber adónde va, dijo, — y empezó á seguirlos á cierta distancia. Dos cosas le quedaban, una ironía el pedazo de papel firmado *Fantina*, y un consuelo, los mil quinientos francos.

El hombre marchaba con Coseta en la direccion de Livry y de Bondy. Iba andando despacio, con la cabeza baja, en una actitud de reflexion y de tristeza. Despojando á los árboles de sus hojas, el invierno habia aclarado y hecho visibles las vias del bosque; de modo que el Thénardier no los perdió de vista, á pesar de que los seguia á bastante distancia. De vez en cuando se volvía el hombre y miraba si era seguido. De improviso vió á Thénardier. Entónces entró bruscamente con Coseta en un soto donde podian desaparecer los dos. — ¡Diantre! dijo el Thénardier. — Y redobló el paso.

La espesura del soto le habia obligado á acercarse á ellos. Luégo que el hombre se halló en lo más denso de la selva, volvió la vista atras. Por más que Thénardier procuró ocultarse entre el ramaje, no pudo impedir que el hombre le viese. Lanzóle este una mirada inquieta, despues meneó la cabeza y prosiguió su camino. El posadero á su vez continuó siguiéndole. Así dieron como unos doscientos ó trescientos pasos. De repente volvió el hombre otra vez la cabeza, y vió nuevamente al mesonero. Pero esta vez le miró con un ademan tan sombrío, que el Thénardier juzgó « inútil » ir más adelante, y se puso ya á desandar su camino.

## XI

EL NÚMERO 9,430 REAPARECE, Y COSETA LE GANA  
A LA LOTERÍA

Juan Valjean no habia muerto.

Al caer al mar, ó más bien, al echarse él al agua, se hallaba, como hemos visto, sin cadena. Fué nadando entre dos aguas hasta llegar bajo un buque que allí andaba, al cual se hallaba amarrada una barca; y se ingenió para ocultarse en esta embarcacion hasta la noche. Por la noche, se arrojó de nuevo al agua y alcanzó á nado la costa, á poca distancia del cabo Brun. Como no le faltaba dinero, pudo allí procurarse ropas. Un ventorrillo que habia en las inmediaciones de Balaguier era entónces el vestuario de los galeotes evadidos, lo que constituia una especialidad lucrativa. En seguida, Juan Valjean, como todos esos tristes fugitivos que procuran evitar las consecuencias del acecho de la ley y de las fatalidades sociales, siguió un itinerario oscuro y undoso. Encontró un

primer asilo en Pradeaux, junto á Beausset. Desde aquí se dirigió hácia el Gran-Villard, cerca de Briançon, en los Altos-Alpes. Fuga inquieta y á tientas, camino de topo cuyos ramales son enteramente desconocidos. Más adelante pudo hallarse algun rastro de su tránsito por el Ain, en el territorio de Civrieux, por los Pirineos, en Accons, en el lugar llamado la Grange-de-Doumeq, junto á la aldea de Chavailles, y en las cercanías de Périgueux, en Brunies, canton de la Chapelle-Gonaguet. Por último, logró trasladarse á París, y acabamos de verle en Montfermeil.

Al llegar á París, su primer cuidado habia sido comprar un trajecito de luto para una niña de siete á ocho años, y despues, procurarse alojamiento. Hecho esto, se trasladó á Montfermeil.

Recordará el lector sin duda que en la época de su anterior evasion, habia hecho el ya un viaje misterioso á aquel pueblo, ó á sus cercanías, del cual llegó á tener la usticia algun conocimiento.

Por lo demas, como le creian muerto, esta circunstancia venia á hacer más densa aún la oscuridad que sobre él se habia formado. En París le vino á las manos un periódico que consignaba este hecho de la muerte. Sintióse, pues, asegurado y tranquilo, casi disfrutando realmente de la paz de los difuntos.

En la noche misma del día en que Juan Valjean habia arrancado á Coseta de las garras de los Thénardier, volvia á entrar en París. Hizo su entrada con la niña, al anochecer, por la barrera de Monceaux. Llegado aquí, subió en un cabriolé que le condujo á la explanada del Observatorio, donde se apeó, pagó al cóchero, tomó á Coseta por la mano, y ambos se dirigieron, en la oscuridad de la noche, por las calles desiertas que desembocan en l'Ourcine y la Glacière, hácia el boulevard del Hospital.

Aquel día habia sido extraño y lleno de emociones para

Coseta; habian comido detras de los setos solamente pan y queso comprados en los figones campestres; con frecuencia se habian visto precisados á cambiar de carruaje, y varios trozos de camino los habian tenido que recorrer á pié; sin embargo, ella no se quejaba; pero estaba cansada, y Juan Valjean lo notaba en su mano, pues tenia que tirar de ella cada vez más cuando iban andando. Entonces la tomó y se la echó á cuestras. Coseta, sin soltar á Catalina, apoyó su cabeza sobre el hombro de Juan Valjean, y se durmió.

ventana, si hubiese sido cortada en piedra de sillería en vez de serlo en el morrillo, habría podido servir de ventana á un palacio.

La puerta no era otra cosa que un conjunto de tablas carcomidas y groseramente unidas por travesaños semejantes á unos leños mal escuadrados. Abriase inmediatamente sobre una empinada escalera, de altos escalones, lodientos, empolvados, llenos de yeso, del mismo ancho que la puerta, y la cual se veía ascender desde la calle, recta como una escala, y desaparecer en la sombra entre dos lienzos de pared. La parte superior del vano informe que dejaba esta puerta se hallaba cubierta por una tabla estrecha en medio de la cual habían formado un agujero triangular, que servía á la vez de postigo y de claraboya cuando la puerta estaba cerrada. En la parte interior de la puerta, un pincel mojado en tinta había trazado, de un par de puñadas, el número 52, y encima de la tabla, el mismo pincel había embadurnado el número 50; de modo que se vacilaba. Dónde se hallaba uno? Encima dice la puerta: en el número 50; y por dentro replica: no, en el número 52. No se sabe qué especie de trapos color de polvo colgaban como en forma de cortina en el postigo triangular.

La ventana era ancha, suficientemente elevada, guarnecida de persianas y de bastidores con grandes vidrieras; sólo que estas grandes vidrieras tenían heridas variadas, ocultas y denunciadas á la vez por un ingenioso vendaje de papel; y las persianas, descompuestas y desvencijadas, servían ménos para resguardar á los habitantes que para amenazar á los transeuntes. Los tragaluzes horizontales faltaban acá y acullá, y habían sido buenamente reemplazados con tablas clavadas perpendicularmente; de modo que aquello empezaba en persiana y acababa en ventana.

Aquella puerta que tenía aspecto inmundo y aquella ventana que tenía trazas de decencia, aunque arruinada, vistas así en la misma casa, producían el efecto de dos mendigos dispares que marchasen juntos, con diversos semblantes bajo los mismos harapos, habiendo sido el uno siempre un miserable, mientras que el otro fuera en sus pasados tiempos un hidalgo.

Conducía la escalera á un piso de la casa bastante vasto, que se asemejaba á un cobertizo del cual se hubiese hecho una habitación. Esta vivienda tenía por tubo intestinal un largo corredor en el cual se abrían, á derecha é izquierda, ciertas especies de compartimientos de variadas dimensiones, en rigor, habitables, pero con más trazas de barracas que de celdas. Estos cuartos recibían la luz de los vagos terrenos que circundaban al edificio. Todo aquello era oscuro, pálido, triste, melancólico, sepulcral; atravesado, según que las hendiduras estaban en el techo ó en la puerta, por rayos fríos ó por un cierzo glacial. Una particularidad interesante y pintoresca de este género de habitaciones, es la enormidad de las arañas.

Á la izquierda de la puerta de entrada, hacía el boulevard, y á la altura de un hombre, una lumbrera que habían tapado dejaba un nicho de forma cuadrada lleno de piedras que, al pasar, arrojaban allí los muchachos.

Una parte de este edificio ha sido últimamente demolida. Lo que aún queda hoy de él puede dar una idea de lo que ha sido. Todo él, en su conjunto, no cuenta arriba de unos cien años. Cien años, es la juventud de una iglesia y la vejez de una casa. Parece que la morada del hombre participa de su brevedad, y la morada de Dios de su eternidad.

Los carteros llamaban á aquella casa el número 50-52, pero en el barrio era conocida bajo el nombre de la casa Gorbeau.

Digamos de dónde la provenía esta denominación.

Los colectores de hechos curiosos, que son como herbolaristas de anécdotas, y que prenden en su memoria con un afiler las fechas fugaces, saben que en el siglo anterior, allá por los años de 1770, había en París dos procuradores del Châtelet, llamados el uno Corbeau<sup>1</sup> y el otro Renard<sup>2</sup>. Dos nombres previstos por La Fontaine. La ocasión era demasiado bella para que la curia no tratara de bromear y divertirse con estos nombres. En seguida circuló la parodia, en versos algo cojos, es verdad, por las galerías del Palacio de Justicia :

« Maese Cuervo, encaramado en un proceso, tenía en el pieo un embargo ejecutivo; maese Zorro, atraído por el olor, le contó, en sustancia, esta historia : ¡Hola! buenos días, señor Cuervo, etc. »

Amostazados por los retruécanos y asaz incomodados por las continuas bromas y risotadas que solía provocar su presencia, los dos honrados prácticos resolvieron desembarazarse de sus nombres, adoptando el partido de dirigirse al rey. La petición fué presentada á Luis XV el mismo día en que el nuncio del papa, por un lado, y por otro el cardenal de la Roche-Aymon, devotamente arrodillados ambos, calzaron, en presencia de su majestad, cada uno con una chinela, los piés desnudos de madama Dubarry al salir de su lecho. El rey, que se estaba riendo, continuó su risa, pasando alegremente de los dos obispos á los dos procuradores, é hizo á estos golillas gracia de sus nombres, más ó menos completa; permitiendo su majestad que, en lo sucesivo, maese Corbeau añadiese una cola á su inicial, y se llamara Gorbeau; maese Renard fué ménos dichoso; no pudiendo obtener sino la adición de una P, que precediera á su R, á fin de llamarse Prenard; con lo cual no venía á ganar mucho su nombre.

<sup>1</sup> Cuervo.

<sup>2</sup> Zorro.

Ahora bien, según la tradición local, este maese Gorbeau había sido propietario de la construcción numerada 50-52, en el boulevard del Hospital; y aún fué él el autor de la ventana monumental.

De donde recibió aquella casucha el nombre de casa Gorbeau.

Frente al número 50-52, se levantó, entre las plantaciones del boulevard, un grande olmo, que está ya medio muerto; casi en frente abre la calle de la barrera de Gobelins, calle entonces sin casas, sin empedrado, plantada de árboles no muy medrados, verde ó cenagosa, según la estación, y que iba á terminar en la muralla ó pared que servía de recinto á París. Cierta olor de alcaparrosa se exalaba, á bocanadas, de los techos de una fábrica inmediata.

La barrera se hallaba allí cerca. En 1823 existía aún la muralla.

Hasta la barrera imprimía también en el ánimo ciertas figuras funestas. Aquel era el camino de Bicêtre. Por allí era por donde, en la época de la restauración, entraban en París los condenados á muerte el día de su ejecución. Allí fué donde se cometió, en 1829, aquel misterioso asesinato llamado « de la barrera de Fontaineblau, » cuyos autores no llegó á descubrir la justicia, problema fúnebre que no ha sido aclarado nunca, enigma espantoso que ha quedado sin descifrar. Dad algunos pasos más, y hallareis aquella funesta calle de Croulebarbe, donde Ulbach cosió á puñaladas á la cabecera de Ivry al ruido del trueno como en un melodrama. Pocos pasos aún más allá, y llegareis á los abominables olmos desmochados de la barrera Saint-Jacques, aquel expediente de los filántropos ocultando el cadalso, aquella mezquina y vergonzosa plaza de Grève de una sociedad de tenderos mercachifles y de enriquecidos advenedizos. que ha retrocedido ante

la pena de muerte, no atreviéndose á abolirla con grandeza, ni á mantenerla con autoridad.

Treinta y siete años há, prescindiendo de esta plaza de Saint-Jacques (Santiago) que estaba como predestinada y que siempre ha sido horrible, el punto más triste tal vez de todo aquel triste boulevard era el sitio, tan poco atractivo aún hoy, en donde se hallaba la casucha 50-52.

Las casas modernas no han empezado á construirse allí hasta veinte años después. El paraje es sombrío. Por las ideas fúnebres que allí le embargaban á uno, sentíase desde luego entre la Salpêtrière, cuya cúpula se distinguía, y Bicêtre, cuya barrera se hallaba inmediata; es decir, entre la locura de la mujer y la locura del hombre. Por más léjos que pudiera extenderse la vista, no se veía desde allí sino los mataderos, la muralla, y algunas raras fachadas de fábricas ó ferrerías con aspecto de cuarteles ó de monasterios; por todas partes se distinguían barracas y montones de escombros y de yeso; paredes viejas y negras como mortajas, paredes nuevas y blancas como sudarios; por todas partes hileras de árboles paralelas, edificios tirados á cordel, construcciones lisas, largas líneas frías y el lúgubre aspecto de los ángulos rectos. Ni siquiera un accidente del terreno, ni un capricho de la arquitectura, ni un solo pliegue. No hay nada que oprima tanto al corazón como la simetría. La simetría es el fastidio, y el fastidio es el fondo mismo del luto y del llanto. La desesperación bosteza. Puede imaginarse algo más terrible que un infierno donde se sufre; un infierno donde se fastidiaran los condenados. Si existiera este infierno, aquel trozo del boulevard del Hospital habría podido ser tal vez su avenida.

Sin embargo, al anochecer, en el momento en que la luz se ahuyenta, sobre todo en invierno, en la hora en que la brisa crepuscular arranca á los olmos sus últimas

hojas rojizas, cuando la sombra es profunda y sin estrellas, ó cuando la luna y el viento abren brechas en las nubes, aquel boulevard aparecia de repente espantoso. Las líneas negras se hundian y se perdian en las tinieblas como trozos del infinito. El transeunte no podia menos de pensar en las innumerables tradiciones patibularias de aquel paraje. La soledad de aquel sitio donde se habian cometido tantos crímenes tenía algo de tenebroso. Creíase presentir asechanzas en aquella oscuridad; todas las formas confusas de la sombra parecian sospechosas, y las grandes hoyas cuadradas que se veían entre cada árbol parecian fosas sepulcrales. El día era allí horrendo, la velada lúgubre, la noche siniestra.

En verano, á la hora del crepúsculo vespertino, veíanse allí esparcidas algunas mujeres ancianas, sentadas al pié de los olmos en unos bancos musgosos por las lluvias. Aquellas buenas viejas mendigaban cuando podían.

Por lo demas, aquel barrio, que tenía más bien trazas de viejo que de antiguo, tendía ya desde entónces á transformarse. En la época á la cual aludimos, el que quisiera verle, debía darse prisa. Cada día iba desapareciendo ya algun detalle de aquel conjunto. Hoy, y de veinte años á esta parte, el embarcadero del ferrocarril de Orléans está allí, al lado del viejo arrabal, y le trabaja y transforma de continuo. Doquiera que se establece, en el perímetro de una capital, el embarcadero de un ferrocarril, resulta la muerte de un arrabal y el nacimiento de una ciudad. Parece que al rededor de estos grandes centros del movimiento de los pueblos, al rodar de esas poderosas máquinas, al resoplido de esos monstruosos caballos de la civilización que comen carbon y respiran fuego, la tierra llena de gérmenes tiembla y se abre para devorar las antiguas moradas de los hombres y hacer que broten allí otras nuevas. Las casas viejas se desploman, y de

entre sus ruinas, nacen y se elevan las modernas.

Desde que el embarcadero del ferrocarril de Orléans ha invadido los terrenos de la Salpêtrière, las antiguas calles estrechas inmediatas á los fosos de San-Victor y al Jardin de Plantas, se estremecen, violentamente atravesadas, tres ó cuatro veces al día, por esas corrientes de diligencias, de coches, de ómnibus que, en un tiempo dado, empujan á las casas, á derecha é izquierda; pues hay cosas raras de enunciar y que sin embargo son rigurosamente exactas; y así como es verdad decir que en las grandes ciudades, el sol hace vegetar y crecer las fachadas de las casas que miran al mediodía, así es también cierto que el frecuente tránsito de los carruajes ensancha las calles. Los síntomas de una vida nueva son evidentes. En este antiguo barrio provincial, de tantos rincones y recodos huraños, el suelo principia á cubrirse de cómodos adoquines, las aceras se ensanchan y se inclinan, aún en los sitios donde todavía no hay pasajeros. Una mañana, mañana memorable, en Julio de 1845, vióse allí humear el betun de asfalto en sus enormes y negras marmitas; pudiendo decirse que aquel día llegó la civilización á la calle de l'Ouercine y París entró en el arrabal de Saint-Mareau.